

El jardín de Dios

Charles Spurgeon

1834-1892

(Juan 20:15)

Hace justamente quince días, me hallaba a esta hora en un magnífico jardín, rodeado de flores de las más bellas y de plantas de las más raras.* Palmeras y plátanos, rosales y camelias, naranjos y lilas, espliego y heliotropo se mezclaban alrededor de mí en profusión exuberante. Resguardado del ardor del sol a la sombra de un olivo, contemplaba admirado el espectáculo encantador. Ante mis ojos se extendía un mar hermosísimo y perfumado, de brillantes colores. "Seguramente, pensé, el jardinero que plantó, cuidó y crió este hermoso rincón, merece elogios." Luego se me ocurrió que tenía a la vista una parábola viviente, y meditando en ella, comparaba, mentalmente, la iglesia de Dios con un jardín bajo el cuidado del Señor Jesús. Traté de imaginar semejante jardín y me lo figuraba como un verdadero paraíso en donde florecía todo lo que es bello y bueno, y de donde era excluido todo lo malo. "Si un sencillo obrero, pensé, ha podido producir tanta belleza como la que tengo ante mis ojos, incomparablemente mayor debe ser la gloriosa hermosura que resulta del trabajo del Jardinero divino." ¿Sabéis, hermanos míos, de quién os voy a hablar? Del Hijo de Dios, bendito por los siglos, de aquél que María Magdalena pensaba ser el hortelano. Aunque su suposición resultó infundada, voy a tomarla por texto de nuestra meditación. Pero al adoptar el error de una mujer, nótese bien que quedamos con la absoluta verdad; pues, si María Magdalena se equivo-có al tomar a Jesús por el hortelano del lugar en que había sido sepultado, nosotros no nos equivocaremos si, alumbrados por el Espíritu Santo, meditamos en los cuidados que nuestro Señor Jesucristo prodiga al jardín que es su iglesia.

En este sentido, la suposición de nuestro texto resulta perfectamente natural y bíblica. ¿No somos todos nosotros plantas que plantó la diestra de Jehová? (Salmo 80:15). ¿No hemos menester ser cultivados y regados por su mano paternal? El bello cántico de Isaías (cap. 5) tiene también su aplicación a nosotros.

"Tenía mi amado una viña en un recuesto, lugar fértil. Habíala cercado, y despedregádola, y plantádola de vides escogidas." Aún más; nuestro Señor en otro pasaje de la Escritura está designado por estas pala-bras: "Tú, la que moras en los huertos." (Cantares 8:13). Y ¿por qué mora allí? Para cuidar las plantas; para ver "si brotan las vides, si se abre el cierno, Si han florecido los granados." (Cantares 7:12). También para ahuyentar las bestias feroces y dañinas.

Pero aún más. El Señor Jesús se representa a sí mismo como el viñero. Leed la parábola de la higuera estéril, tan llena de solemnes enseñanzas. (Lucas 13:6). Cuando el padre de familia vino a buscar fruto en ella, y no lo halló, dijo al viñero: "Córtala; ¿por qué ocupará aún la tierra?" Pues bien; ¿quién es el que se pone entre el hacha y el árbol inútil, sino nuestro gran Mediador e Intercesor? El es quien le responde: "Señor, déjala aún este año, hasta que la excave, y estercole." Luego si el Señor Jesús se sirvió de una comparación análoga, me parece que nosotros no haríamos mal si lo consideráramos hoy como el Jardinero.

Si quisiéramos apoyar nuestra suposición en la historia bíblica, podríamos decir que nuestro Señor es llamado "el segundo hombre" y "el último Adam." El primer hombre, Adam, cultivaba un jardín. Moisés nos dice que Dios puso al hombre en el Edén para que lo labrara y lo guardase. (Gén. 2:15).

En el estado primitivo, el hombre debía vivir, no en un paraíso de indolencia, sino en un huerto en donde su trabajo sería bien recompensado. La iglesia es el Edén de Cristo; un Edén regado por el río de la vida y de tal manera fecundizado, que produce abundante fruto para la gloria de Dios. El último Adam anda continuamente por este Edén espiritual, cuidándolo y

guardándolo. Veis, pues, mis amados oyentes, que, lejos de ser artificiosa, nuestra suposición se conforma perfectamente con la naturaleza y con las Sagradas Escrituras. Por tanto, es legítimo considerar a nuestro adorable Salvador en carácter de Jardinero de la iglesia. Es lo que hice yo hace quince días en mis meditaciones; y ahora vengo a ofreceros algunas de mis ideas, esperando que os sean provechosas. Por supuesto, no trataré de estudiar semejante asunto bajo todos sus aspectos. Es una mina inagotable. Me limitaré a señalaros algunos ricos filones de donde vosotros podréis sacar tesoros de instrucción y de edificación.

I

Pues bien, si Jesús es el Jardinero, se explican muchas cuestiones relativas a la iglesia. La mayor de estas cuestiones es, a mi juicio, la misma existencia de la iglesia. ¿No es verdadera maravilla hallarse semejante jardín en medio del desierto de este mundo? Sobre una roca desnuda y árida, el Señor hizo surgir el Edén de su iglesia. ¿Cómo puede existir un oasis de vida en un desierto de muerte? ¿Cómo puede la fe subsistir en medio de la incredulidad, la esperanza en medio de la desesperación, el amor en medio del odio? "Sabemos que somos de Dios, y todo el mundo está puesto en maldad" (1 Juan 5:19). ¿Por qué somos nosotros de Dios mientras los que nos rodean son del diablo? ¿Cómo se explica que haya un pueblo de Dios, separado del mundo, santificado y preparado para las buenas obras? Seguramente ningún hombre hubiera podido realizar tal prodigio. Pero sabiendo que Jesús es el Jardinero, el misterio se explica. Ahora comprendemos la existencia de la iglesia que antes parecía incomprendible. Jesús puede hacer florecer el desierto; puede hacer crecer haya en lugar de la zarza, y arrayán en lugar de la ortiga (Isaías 55:13); sólo él lo puede hacer.

El jardín del cual os hablé hace un momento reposa sobre una peña que domina el mar, y casi toda la tierra fue transportada con mucho trabajo desde la playa. Así se formó un suelo fértil. Aquel jardín es, pues, artificial; debe su existencia a la inteligencia y al trabajo del obrero que emprendió una obra tan difícil. Lo mismo se puede decir respecto a la iglesia de Dios, que fue creada por el Señor Jesús, el autor y consumidor de nuestra fe. A duras penas, con sus manos perforadas, y a costa de muchos trabajos, él preparó el suelo y creó el jardín. Flores y arbustos han sido regados con su sudor de sangre y con sus lágrimas. La señal de los clavos en sus manos y la herida en el costado, testifican cuánto le costó el crear este nuevo Edén. El dio su vida para hacer vivir todas las plantas que se hallan en su jardín espiritual.

Pero hay otra cosa que me sorprende. ¿Cómo puede la iglesia de Dios adaptarse al clima de la tierra? Este siglo presente es desesperadamente malo y esencialmente enemigo de Dios, de suerte que la iglesia, por sí misma, sería incapaz de resistir a las funestas influencias del mundo. Por otra parte, debe admitirse que la iglesia tiene en sí muchos elementos mórbidos, así como un jardín oculta en el suelo la semilla de muchas malas hierbas. La mejor comunidad de cristianos que existe en este mundo, pronto se volvería mundana y apóstata si el Espíritu de Dios fuese retirado de ella. El mundo jamás ayudó a la iglesia; está siempre dispuesto a perseguirla y a menudo ha empleado la violencia contra ella. Ni la atmósfera ni el suelo de este mundo favorecen el desarrollo del jardín de Dios. ¿Cómo sucede, pues, que, no obstante todo esto, el jardín está lleno de hierbas aromáticas, de plantas vigorosas, de brillantes y perfumadas flores? La conservación y desarrollo de la iglesia sólo se explican por el hecho de que Jesús es el Jardinero. Ha sido menester la omnipotencia y la sabiduría eternas para mantener a través de los siglos un pueblo santo en medio de la humanidad corrompida. Escuchad, hermanos míos, lo que dice el mismo Jehová: "Yo Jehová la guardo, cada momento la regaré; guardarála de noche y de día, porque nadie la visite." (Isaías 27:3). He aquí el secreto de la existencia y del crecimiento constante de una gran familia espiritual, en medio de una generación maligna y perversa. Es la elección de gracia obrando en medio de la iniquidad y de la incredulidad del mundo. Si Jesús es el Jardinero, es fácil comprender cómo la iglesia prospera, aun estando rodeada de los arenales del pecado.

La suposición de mi texto resuelve otro problema no menos difícil que los anteriores: ¿Por qué nos ha-llamos, tú y yo, entre las plantas que el Señor cultiva? ¿Por qué nos es permitido crecer en el jardín de su gracia? ¿Por qué, oh Señor, me escogiste a mí en lugar de algún otro? ¿Por qué me has preservado, no obstante mi esterilidad? Con toda justicia, el Señor hubiera podido pronunciar contra mí la sentencia: "Córtalo; ¿por qué ocupará aún la tierra?" Hermanos míos, ¿quién sino Jesús nos hubiera soportado tanto tiempo? ¿Quién sino Jesús hubiera mostrado una paciencia tan perseverante? Cuando lo rechazamos, ¿quién sino él nos hubiera renovado día tras día las pruebas de un amor sin límite? ¿Qué más había de hacer a su viña? ¿Quién hubiera hecho tanto como él hizo? Uno de nuestros semejantes se hubiera ofendido mil veces de nuestra ingratitud y se hubiera arrepentido de su bondad para con nosotros. Sólo Dios, lo repito, puede soportar gente tan perversa como lo somos nosotros. Es un verdadero prodigio el que no hayamos sido se-parados de la vid, como los pámpanos inútiles. Por mi parte, si no creyera firmemente que Jesús es el Jardinero, no sabría explicarme este fenómeno. Pero Jesús es sumamente compasivo. Es sólo como último recurso que emplea la podadera y el hacha; y al ver brotar aunque sean dos o tres pimpollos, o tal vez algún fruto muy imperfecto, le place ver en ello la promesa de mejores cosas. ¡Paciencia infinita! ¡Lon-ganimidad sin límite! Si aun ocupamos la tierra, seguro que es sencillamente porque el Jardinero celestial no es otro que aquél que es manso y humilde de corazón.

Si se trata de nuestra propia iglesia, de esta iglesia, que ahora está reunida delante de mí, ¿quién no se maravilla de los especiales favores que le han sido otorgados? Desde que estamos juntos, ya como vues-tro pastor y vosotros como mi rebaño, ¿no es cierto que hemos gozado de prosperidad sin interrupción, creciendo continuamente en la obra del Señor? Hemos visto a muchas otras iglesias, tan prometedoras como la nuestra, divididas por la discordia, debilitadas por las defecciones, deshechas por la herejía. No nos toca a nosotros juzgarlas con severidad; pero debemos manifestar la más profunda gratitud por haber sido preservados de los males que les alcanzaron a ellas. En verdad, no comprendo cómo hemos podido permanecer unidos en amor, ni cómo hemos podido abundar en la obra del Señor y permanecer firmes en la fe. Nuestros defectos y nuestras miserias son muchos; no tenemos motivo de gloriarnos en nosotros mismos; sin embargo, ninguna sección de la iglesia, ningún rincón del jardín de Dios ha sido más favorecido que el nues-tro. ¿En dónde buscar la causa de esta prosperidad prolongada? Seguro es que no se hallará en vuestro pastor; y por admirables que sean vuestro fervor y vuestro amor cristiano, me atrevo a decir que no se hallará en vosotros. Para resolver el problema es necesario admitir la suposición de mi texto. Si Jesús es el Jardinero, no cabe duda: él es quien nos ha amparado. En presencia del peligro, él mismo cerró el portón que yo, tal vez, había dejado abierto. De noche, es él quien rechazó las bestias del campo en el momento en que saltaban el seto para devorar las tiernas plantas; él es quien alejó a los ladrones y malhechores. Y durante el calor del día, también estaba alerta para guardar de los fuertes ardores del sol a los que entre vosotros gozan de mucha prosperidad temporal. Sí; Jesús ha estado con nosotros. Alabado sea él por su bondad. De su di-vina presencia nacen esta paz, esta unión, este santo entusiasmo que reinan entre nosotros. Quiera Dios que jamás sea contristado, ni obligado a retirarnos su protección el buen Maestro. Sea nuestra constante ora-ción: "Está con nosotros, oh Jesús; tú que moras en los huertos, danos tu tierna solicitud, hasta que las sombras se desvanezcan y amanezca el día de la eternidad."

II

Pero, si la suposición de mi texto resuelve muchos problemas de otro modo insolubles, ella nos impone también ciertos deberes.

Uno de los primeros deberes del cristiano es la alegría. Debe ser buena la religión que, entre otros preceptos, manda al hombre que esté gozoso. Cuando la alegría se convierte en deber,

¿quién quisiera descuidarla? Por otra parte, cada planta del jardín de Dios ¿no cantará de alegría sabiendo que la cuida el mismo Señor Jesús?

"Pero, dice uno, soy tan frágil e insignificante. No he crecido casi nada. Mi follaje no es lo que debiera ser, y mis flores, por desgracia, son muy escasas." Bien haces, hermano mío, en no tener muy alto concepto de ti mismo. Puede ser que tu humildad sea la mayor de tus virtudes. Muchas flores perderían la mitad de su gracia si no se inclinaban con modestia hacia el sol. Pero si Jesús es el Jardinero, tendrá tanto cuidado de ti, pequeña y humilde planta, como de la palmera majestuosa que se ve de lejos. En el jardín de que os hablaba hace un momento, crecían naranjos, cactus y otros árboles que llamaban la atención. Pero al lado de ellos se hallaban alelís, saxífragos y helechos. El mismo jardinero los cuidaba a todos sin distinción. Entre otras, había centenares de plantas, arregladas en cuadro, muy insignificantes en apariencia, pero todas rotuladas en debida forma. La más pequeña entre ellas hubiera podido decir: "El jardinero tiene tanto cuidado de mí como de las más bellas rosas que adornan el jardín." No temas, pues, pequeñito: Jesús cuidará de ti. El que viste los lirios del campo, el que alimenta las aves del cielo, ¿cómo podría olvidarte a ti? Creyentes de poca fe, plantas atrasadas del jardín celestial, tened confianza; vosotros habéis de crecer, a pesar de todo. En este momento puede ser que vuestro desarrollo sea más interior que exterior; pues es necesario que las raíces ahonden en el suelo antes que el tronco se eleve hacia el cielo. Hay también ciertos arbustos que permanecen achaparrados durante años. Sea como fuere, debéis estar contentos de que estáis en el jardín del Señor Jesús. No podríais estar en mejores manos.

La idea de que Jesús es el Jardinero debe también incitarnos a buscar su presencia. Al amanecer, debemos rogarle que descienda a su jardín a recoger los frutos. ¿Qué podemos hacer nosotros sin Jesús? ¿Qué puede la iglesia sin él? Todos los días debe subir de nuestro corazón esta súplica: "Mira desde el cielo, y considera, y visita esta viña, Y la planta que plantó tu diestra." (Salmo 80:14, 15).

Debemos rogarle con insistencia que se manifieste a nuestra alma y a las que componen su iglesia como no se manifiesta al mundo. ¿Qué sería de una viña sin el cuidado del dueño? ¿Qué diferencia habría entre un barbecho y un jardín, si el dueño no hiciera uso de la azada y la podadera? Si creemos, pues, que Jesús es el Jardinero, debemos buscar su presencia, mayormente cuando su presencia, además de necesaria, es nuestra alegría, nuestra delicia. Felices nosotros, cuidando a cada uno con perseverancia y amor. Sin él, sin su pre-sencia espiritual, seríamos plantas estériles, inútiles, vegetando tristemente en la tierra. No querramos sustituir esta presencia por una religión rutinaria y formalista, un culto que lisonjea los sentidos y exalta la imaginación; pero roguemos a nuestro Maestro que nos conceda siempre su dulce comunión, que trae a nuestra alma prosperidad y vida.

Si creemos que Jesús es el Jardinero, tenemos otro deber que cumplir: entregarnos del todo a él. La planta ignora el tratamiento que le conviene: no sabe cuándo debe ser regada ni cuándo le conviene el sol. Un árbol frutal no sabe en qué momento debe ser podado y abonado. Es al jardinero, y no a las plantas, que co-rresponde la administración de lo que conviene al jardín. Luego, si se oculta en nosotros un residuo de nuestra propia voluntad, de la sabiduría que es "terrena y carnal", debemos renunciar a ello sin demora, para que estemos sometidos a la disposición de nues-tro Maestro. Podrías vacilar, hermano, y con razón, antes de entregarte a la voluntad de uno de tus semejantes, aunque fuese el mejor de los hombres; pero, seguramente, tú, que fuiste plantado por la mano del Señor, puedes entregarte con confianza en sus manos misericordiosas. Puedes decirle: "Señor, renuncio a mis deseos, a mi voluntad propia; me abandono a tu voluntad. Por mí mismo no soy nada; tú eres mi fuerza, mi sabiduría, mi todo. Esta planta débil se humilla bajo tu mano poderosa; hágase en mí tu buena voluntad."

Tal espíritu de sumisión absoluta a la voluntad divi-na, es la mejor garantía de bendición; y no nos será penoso mostrar semejante disposición si estamos persuadidos de que Jesús es el Jardinero de su iglesia. ¿Puede un fiel discípulo criticar lo que hace su Maestro? Pobre hermano

afligido, es el Señor quien te disciplina. ¿Quisieras tú que fuese de otra manera? ¿No sientes agradecimiento por la misma prueba, enviada por el que es amor y que se ocupa de todos los pormenores de tu vida?

Podría mencionar muchos otros deberes que nacen de la suposición de mi texto; me limitaré a citar a uno solamente.

Si creemos sinceramente que Jesús es el Jardinero, debemos esforzarnos por llevar mucho fruto para nuestra gloria. No me dirijo ahora a los indiferentes. Creo que mis oyentes, en la mayor parte, deseáis glorificar a Dios, y que, salvados por gracia, tenéis la santa ambición de anunciar las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable. (1 Pedro 2:9).

Vuestro anhelo es llevar las almas a Cristo (¿no es cierto?), pues vosotros mismos habéis hallado en él la vida y la libertad. El conocimiento de que Jesús es el Jardinero debe estimular vuestro celo. Si hasta ahora habéis llevado sólo un racimo, debéis, en adelante, llevar veinte o cien. Esforzaos para honrar a vuestro Maestro. Si vuestro vigor espiritual fuese atribuido a vuestro pastor, o a vuestros hermanos en Cristo, o a vosotros mismos, podríais no sentir ninguna obligación de llevar mucho fruto; pero siendo Jesús el Jardinero, sobre él recaerá la culpa o el honor, según el caso. Que todas vuestras facultades y talentos sean consagrados al servicio del Señor Jesús, para que sepa el mundo que él no sufrió ni murió en vano. Con atenciones tan esmeradas y constantes como las suyas, todas las plantas del jardín de Dios deben prosperar. ¿Qué dicen mis hermanos? Yo os suplico que os guardéis de deshonorar a vuestro Maestro. Los estudiantes reconocen que tienen sagradas obligaciones para con su universidad y procuran contribuir al renombre de los maestros que les dan instrucción. Y nosotros que somos discípulos del Señor Jesús, debemos honrar su nombre y sus divinas enseñanzas. No obstante nuestros defectos, esforcémonos por hacer algo que sea digno de nuestro Maestro divino. Que la menor flor cultivada por Jesús revista los colores más brillantes y exhale los perfumes más exquisitos, para honor del Jardinero celestial. Que todo lo que hay de bueno y hermoso abunde en el jardín de nuestro Dios.

III

Acabamos de ver que la suposición de nuestro texto resuelve muchos problemas y nos impone muchos deberes. Me parece que hace aún más: Aligera la carga de afanes, de agitaciones y de temores que a menudo oprimen al cristiano.

He aquí un hombre que ha recibido de Dios una tarea que hacer. Si es concienzudo, se siente a veces aplastado por el sentimiento de la responsabilidad. Al despertar por la mañana, su primer pensamiento será por su obra, y al acostarse de noche se preguntará: "¿Cómo podré trabajar mañana con más éxito?" Su intranquilidad se manifiesta aun en el sueño y se le oye suspirar: "Señor, ruégote que me concedas la prosperidad." Su trabajo, quizás no prospera; el tiempo no es propio; se queja del fracaso de sus esfuerzos. Si es así contigo, querido hermano, acuérdate que el Señor es el Jardinero y hallarás consolación indecible. En efecto, sí Jesús gobierna su jardín, según su voluntad, no me corresponde a mi, pobre aprendiz, mantener el orden. No soy yo responsable por el imperfecto desarrollo de unos, ni por las inconsecuencias de otros; ni por las caídas y los extravíos de los falsos hermanos. Mi espíritu no debe dejarse doblegar bajo semejante carga. Convencido de que Jesucristo es el Jefe supremo de la iglesia, sé que él gobierna mucho mejor que yo o cualquier otro mortal, aunque fuese el más activo y el más concienzudo.

Si Jesús es el Jardinero, podemos estar seguros de que al fin todo irá bien. "No se adormecerá ni dormirá El que guarda a Israel." (Salmo 121:4). ¿Para qué, pues, agitarse y afligirse? Hermanos míos, obreros del Señor Jesús, para vosotros es esta palabra de consolación cuando os halláis desanimados. Trabaja fielmente bajo las órdenes del Maestro; pero dejadle a él toda la responsabilidad de la carga. El sencillo trabajador cuya tarea consiste en cultivar un rinconcito de tierra, no tiene que ocuparse de todo el jardín, como si fuese el encargado de todo.

No; él no debe tomar sobre sí una carga tan pesada, y que no tiene obligación de llevar. No debe uno salir nunca de su esfera. Tú, por ejemplo, querido oyente, estás trabajando por ganar a ciertos jóvenes, y estás velando por ellos como quien tiene que dar cuenta a Dios. Perfectamente bien; pero acuérdate que la preservación y la salvación de esas almas están encargadas a manos infinitamente más potentes y cariñosas que las tuyas. Acuérdate que el Señor es el Jardinero, y tu agitación cesará. Se relata que cierto hombre de Dios que vivía en una época muy turbada de nuestra historia, de tal modo tomó a pecho el mal que dominaba el país, que llegó a incapacitarse para su trabajo. Abatido y desanimado, y no pudiendo sufrir por más tiempo la vista de tantos males, resolvió expatriarse. Estando a punto de embarcarse se ve con un amigo, quien le pregunta: "¿Eres tú, pues, el encargado del gobierno del mundo?" No; el pobre hombre jamás había tenido tal pretensión. "¿No crees que Dios ha tenido motivos de fastidiarse del mundo antes de tu nacimiento, y que todavía los tendrá después de tu muerte?" Esta sencilla pregunta hizo reflexionar al hombre de Dios y comprendió que no tenía razón en afligirse sobremanera. Se quedó en su tierra y de nuevo comenzó a trabajar por el Señor. Vosotros también, mis hermanos, debéis conocer el límite de vuestra responsabilidad. No sois vosotros el Jardinero; sois sus ayudantes, sus subalternos, llamados a ejecutar sus órdenes. Aunque no seáis los encargados de la administración del jardín de Dios, estad seguros de que será conservado en buen estado.

Además de librarnos de nuestras congojas, la suposición de mi texto hace que el servicio de Cristo sea dulce y fácil. Si el resultado de nuestro trabajo no está en relación con los sacrificios, podemos decir: "Después de todo, estoy trabajando en el jardín del Señor y no en el mío. Ya que mi Salvador es el Jardinero, estoy dispuesto a trabajar el terreno más duro, sembrar en el suelo más árido, enderezar los árboles más torcidos y secos. Ninguna tarea me parecerá penosa, si la emprendo por amor del Señor. No me toca preguntar por qué tal trabajo me es asignado; mi deber es emprenderlo resueltamente en nombre de mi Señor y Maestro."

En el trato con nuestros semejantes, tropezamos a menudo con casos sumamente difíciles. Algunas personas son tan tímidas y temerosas que no sabemos cómo infundirles valor; otras son tan jactanciosas y presuntuosas que no sabemos cómo abatirlas. Uno es tan callado que no lo podemos comprender; otro es tan locuaz que no lo sabemos manejar. En el sentido figurado, como en el literal, hay plantas que confunden al jardinero poco experimentado. Las hay, por ejemplo, cubiertas de espinas que pinchan la mano que las cuida. Estas naturalezas extravagantes os causarían perplejidad si fueseis encargados de cultivarlas; pero ya que el jardín de Dios está bajo la dirección de Jesús, tenéis siempre el recurso de someter a él vuestras dificultades, diciéndole: "Buen Maestro, vengo a buscar consejo. No comprendo a tal persona. Es tan rara en su especie, como lo era yo en la mía. ¿Quieres ocuparte de ella, o enseñarme de qué manera puedo yo serle útil?"

Los siervos de Dios a menudo están turbados porque hay tantas plantas que necesitan atención. No pueden atender a ninguna como quisieran, porque al mismo tiempo otras veinte reclaman cuidado. Estos cuidados múltiples les ponen en aprieto, y exclaman, como el apóstol Pablo: "Estoy puesto en estrecho todos los días por la solicitud de todas las iglesias." Dichosos somos al recordar que Jesús es el Jardinero, y o que él suplirá las faltas de nuestro ministerio realizando lo que nosotros no pudimos conseguir.

En la iglesia de Cristo, hay una disciplina que ninguna mano humana sabe ejercer. Nada hay más humillante para un ministro del evangelio que el sentirse impotente y desarmado cuando siente que debe proceder con vigor. Los siervos del padre de la familia (en la parábola de Mateo 13:27) deseaban arrancarle la cizaña. "Señor, ¿no sembraste buena simiente en tu campo? ¿De dónde, pues, tiene cizaña?" "Un hombre enemigo ha hecho esto," responde el padre de familia. "¿Quieres, pues, que vayamos y la cojamos?" "No; porque cogiendo la cizaña, no arranquéis también con ella el trigo." Hermanos míos, nosotros también sentimos el no poder arrancar del campo que Dios nos ha confiado las malas y venenosas hierbas. Sin embargo, si creemos que Jesús es el Jardinero, y si él permite crecer la cizaña, ¿qué podemos nosotros hacer, sino

tranquilizar nuestro corazón? El Señor sabe usar de una disciplina más severa y más eficaz que la nuestra, y al tiempo debido la cizaña será atada en manojos y quemada. Entre tanto, en nuestra paciencia poseeremos nuestra alma.

Otra cosa que con frecuencia inquieta al cristiano es esta: ¿Cómo han de llenarse los vacíos que deja la muerte cada día en el jardín de Dios? Toda planta está destinada a morir y debe ser reemplazada por otra, o si no, pronto el jardín quedaría desierto. La dificultad consiste en hallar plantas nuevas para reemplazar las viejas. "Cuando este buen hombre muera, ¿quién tomará su lugar?" Es una pregunta que oigo con frecuencia y que me tiene disgustado. "¿Quién será el sucesor de fulano?," me preguntáis. Antes de decidir, debemos esperar hasta que necesite sucesor. Nadie pretende disponer del vestido de un hombre sino cuando su dueño ya no lo puede llevar. Por otra parte, ¿para qué suponer que cuando los cristianos de la época presente hayan desaparecido no se hallará nadie que sea digno de desatar la correa de sus zapatos? Por mi parte, estoy muy tranquilo acerca de este punto; pues, si Jesús es el Jardinero, es seguro que él tiene en reserva plantas nuevas, desconocidas tal vez de nosotros, que llenarán las vacantes. He aquí lo que considero yo la verdadera sucesión apostólica: y el Señor sabrá mantener esta sucesión hasta que él venga otra vez. Sí, queridos amigos; en las horas más sombrías, cuando el corazón desfallece y el espíritu desmaya, cuando la iglesia de Dios está en graves peligros, apoderémonos de las palabras de nuestro texto; acordémonos de que Jesús es el jefe supremo de la iglesia, y esperemos para mañana mejores cosas que las de hoy. A nosotros la situación nos parece, tal vez, desesperada, mas para el Señor nada es difícil: él nunca está en la perplejidad; por tanto, nosotros debemos tener esperanza y tranquilidad.

Cierto día, yo paseaba en el bello jardín mencionado y llegué a un paraje cubierto de hojas secas y ramas cortadas. El camino estaba sembrado de piedras, los cuadros deshechos y las raíces de algunas plantas, a la vista. ¿Quién había hecho tanto estrago? ¿Sería algún animal o muchacho travieso? "¡Qué lástima!," pensaba yo. Pero de repente apareció el jardinero y en seguida comprendí que él era el autor del desorden aparente. El había cortado y mondado, cavado y traspalado, trastornándolo, pero en beneficio del jardín, ya se sabe. Hermanos míos, esto precisamente lo que sucede con frecuencia en el jardín de Dios. Puede ser que algunos de vosotros hayan sido duramente castigados en los últimos tiempos. Vuestros negocios no han prosperado; habéis sido entristecidos por los escándalos en la iglesia, que tuvieron por resultado la poda de algunas ramas estériles y gangrenadas. Pero si es el Señor quien maneja la podadera, todo va bien; nuestra tristeza, nuestros temores, nuestras dudas, no tienen razón de ser.

Otro pensamiento muy consolador se me ocurre, meditando en nuestro texto. Si Jesús es el Jardinero, estamos seguros de que Satanás será estorbado. Cuando Adam cultivaba el jardín del Edén, permitió a la serpiente introducirse con astucia y entablar con Eva una conversación que fue la causa de la caída; pero ahora, Jesús, el último Adam, es el dueño del jardín y ¡ay de ti!, serpiente antigua. Por poco que quieras causar daño a las plantas del Señor, tu cabeza será aplastada. Si, pues, tememos que Satanás se meta en nuestra iglesia, reguemos al Señor que "no dé lugar al Diablo," sino que su Espíritu llene nuestro corazón de tal modo que el adversario no pueda penetrar allí. Lo mismo que en nuestros jardines, pueden introducirse clandestinamente en nuestras iglesias, además de la serpiente, muchas otras clases de bichos dañinos. ¿Cómo defenderlas del enemigo? El muro más alto no las protege, ni mano humana puede defenderlas. Pero escuchad lo que está escrito: "Increparé también por vosotros al devorador, y no os corromperá el fruto de la tierra; ni vuestra vid en el campo abortará, dice Jehová de los ejércitos." (Malaquías 3:11). A veces también nos preguntamos con ansiedad si alguna "raíz de amargura, brotando," no puede dañar nuestra iglesia, "y por ella muchos sean contaminados." (Hebreos 12:15). Todos somos criaturas tan frágiles, que tan gran desgracia no sería imposible. Un hermano puede permitir que una semilla de ojeriza germine en su alma; una hermana puede ocultar en su corazón el germen de la envidia; y como las malas hierbas se propagan con mucha facilidad, resultaría que todos los miembros de la iglesia serían pronto contaminados por

sentimientos tan amargos como la ruda o el ajeno. ¿Quién puede impedir que tal cosa suceda? Nadie sino Jesús, por su Espíritu Santo. Sólo él, el divino Jardinero, puede arrancar las plantas perjudiciales. En la presencia de Jesús, los gérmenes venenosos no brotan. ¡Oh, Señor! ¡Habita con y en nosotros! ¡Habita siempre en tu iglesia! ¡No te alejes de nuestra alma, y entonces ninguna raíz de amargura nos impedirá!

Aun otro temor nos domina a veces. ¿Qué sucedería si las aguas vivas del Espíritu Santo cesaran de regar el jardín? Nosotros no podemos hacerlas manar, pues el Espíritu es soberano, y sopla donde quiere. Pero, si Jesús es el Jardinero, estamos seguros de que el suelo será debidamente regado y fertilizado. Según su promesa, él derramará "aguas sobre el secadal, y ríos sobre la tierra árida: mi espíritu derramaré sobre tu generación, y mi bendición sobre tus renuevos: Y brotarán entre hierba, como sauces junto a las riberas de las aguas." (Isaías 44:3).

Pero, ¿y si el sol de su amor se escondiera de su iglesia? ¿Si los frutos no llegaran a la madurez? ¿Si la paz y la alegría se alejasen de nuestro corazón? ¡Pobres incrédulos es lo que somos! ¿Cómo pueden tales suposiciones nacer en nuestra mente? El semblante de Jesús es como el sol; él trae la salud en sus miradas; él derrama su calor vivificante; emanaciones salutíferas que hacen madurar todas las virtudes cristianas en el alma de los fieles. En este último día del año quiero desembarazarme de todas mis cuitas y ansiedades, y os invito a seguir mi ejemplo, mis queridos amigos. La causa de Cristo nada tiene que temer, puesto que él mismo es quien la defiende. "No se cansará, ni desmayará, hasta que ponga en la tierra el juicio." (Isaías 42:4).

IV

Hallo también en mi texto una amonestación para los indiferentes. Entre los numerosos oyentes reunidos en esta casa de culto, hay algunos, sin duda, que son para la iglesia lo que las malas hierbas son para un jardín. No fueron plantados por la mano de Dios; no han crecido bajo su protección y no llevan fruto para su gloria. Querido oyente, a menudo he procurado impresionarte, mas no lo he logrado. ¡Ten cuidado! Pues algún día, el Jardinero te alcanzará y aprenderás a duro coste lo que significan estas palabras: "Toda planta que no plantó mi Padre celestial, será des-rraigada." (Mateo 15:13). Te ruego, pues, ten cuidado de tu alma.

Entre nosotros hay algunos que se asemejan a los sarmientos que no llevan fruto. Repetidas veces les hemos amonestado, hablándoles con mucha franqueza y sinceridad. Sin embargo, no hemos podido tocar sus corazones. Pero, lo que nosotros no hemos logrado, otro lo hará. El Jardinero puede más que nosotros. El cumplirá la palabra que él mismo pronunció: "Todo pámpano que en mí no lleva fruto, le quitará." (Juan 15:2). Quiera Dios que hoy mismo, antes que se termine el año, seas convertido sinceramente, de suerte que la mala hierba sea transformada en hermosa flor, y la rama seca en sarmiento lleno de savia y cargado de fruto. Si se halla en este recinto uno cuyo corazón está alejado de Dios, le ruego que no menosprecie la amonestación. No piense el tal que puede ocultarse de los ojos penetrantes del celestial Jardinero, ni de su mano omnipotente. Así como Jesús "aventará su era, y quemará la paja en fuego que nunca se apagará," de la misma manera limpiará su jardín arrancando de él toda planta inútil.

V

Por fin, de mi texto se deduce una lección de sumi-sión para la gran familia de los afligidos. Unos sufren enfermedades que entristecen al espíritu y hacen desfallecer el corazón. Otros han sufrido pérdidas mate-riales; sus negocios no andan bien; han tenido que soportar duras privaciones. Hermanos míos, ¿sois tentados a murmurar contra el Señor? ¡Oh, no lo hagáis, os lo ruego! Recordad la suposición de mi texto, y vuestras quejas morirán en vuestros labios. El Señor, no lo niego, ha usado de severidad con vosotros; ha cortado vuestras ramas más bellas, y parece que su podadera os atormenta por placer. Pero si creéis que Jesús es el Jardinero, ¿no creeréis también que vuestras pruebas son permitidas por él?, ¿que su mano es la que os castiga? ¿Cómo podéis murmurar? Ya que el Señor lo ha hecho, poned la mano sobre la boca y guardad

silencio hasta que podáis decir del fondo del corazón: "El Señor me lo dio; el Señor me lo quitó; bendito sea el nombre del Señor." Hermanos míos, estoy persuadido de que todos los actos de nuestro Señor son inspirados por el amor a sus criaturas; que ninguna de ellas pueda decir con razón que ha sido castigada con demasiada severidad; que ningún sarmiento de la verdadera vid pueda decir con verdad que ha sido podado con hoja cortante. No; lo que el Señor ha hecho es exactamente lo que se debía de hacer, exactamente lo que nosotros hubiésemos hecho si tuviéramos sabiduría y amor infinitos. Afuera con las quejas, pues, y con alegre sumisión diremos: "Es el Señor; que haga lo que bien le pareciere."

Deseo particularmente dirigir algunas palabras de condolencia a los que están de duelo. Apenas puedo expresar, queridos oyentes, la emoción que siento. Hace quince días estaba sentado con un amigo en el hermoso jardín mencionado en este discurso. Está-bamos los dos llenos de salud y platicábamos de la bondad y la misericordia del Señor para con nosotros. Apenas habíamos vuelto a nuestro país y entrado en nuestros hogares, cuando yo fui acometido de una cruel enfermedad, mientras mi amigo, mucho más afligido que yo, tuvo la desgracia de perder la querida compañera de su vida. Estando juntos en el jardín meditando en la Palabra de Dios habíamos dicho: "¡Qué dichosos somos! ¿Podemos esperar que tal felicidad dure mucho tiempo?" Pero lejos estaba yo de prever la profunda aflicción que tan pronto alcanzaría a mi amigo. No pude adivinar que dentro de tan poco tiempo sería llamado a decirle: "Mi querido hermano, el Señor te ha hecho bajar a las profundidades, a los abismos del dolor. La compañera que era la delicia de tus ojos te ha sido arrebatada. Lloro contigo, pero también te traigo la consolación: Jesús la quería también. La más bella flor del jardín ha desaparecido. El Jardinero pasó por allí y la recogió. El la había plantado y regado; él la rodeaba de su tierna solicitud, y ahora que ella había alcanzado su perfecto desarrollo, la llevó para adorno de su morada. Nada más natural. ¿Tiene alguien motivo de afligirse? No; sequemos nuestras lágrimas. El Maestro tiene derecho a hacer lo que le plazca; aún más: es perfectamente natural que escoja lo mejor del jardín. Dolorosa es la pérdida de tu bien amada; pero acuérdate, hermano mío, que Jesús es el Jardinero, y besa la mano que desgarró tu corazón." Por lo demás, queridos amigos, no olvidemos que de un día a otro, Jesús puede descender de nuevo a su jardín y coger flores que nos son muy caras. ¿Nos quejaremos si lo hace? Dios no lo permita. Estas flores son tuyas y no nuestras; y aun cuando pudiéramos hacerlo, ¿quién quisiera impedirle el goce de lo que es suyo?

VI

Una palabra más y terminaré. El texto que meditamos debe llenar de esperanza y de confianza al cristiano. Pues si Jesucristo es el Jardinero, puedo creer que se acerca el día en que reinará una prosperidad sin igual en el jardín que él cultiva. Puedo esperar que muy pronto no se verá en él ni una flor seca, ni una rama estéril; que los frutos más bellos, los más deliciosos, serán ofrecidos diariamente al Maestro del jardín. En particular, esperemos grandes cosas para nuestra iglesia, y pidamos a Dios que nos las conceda. Si solamente tuviéramos fe, veríamos la gloria de Dios, el cumplimiento de sus promesas. Es nuestra incredulidad que detiene la mano del Señor. Espere-mos grandes cosas para la extensión del reino de Cristo y no seremos desengañados.

Esperemos grandes cosas para nosotros mismos. Si Jesús es el Jardinero, veremos su cara todos los días. Cuando Adam y Eva moraban en el Edén, ¿qué suce-día? "Jehová Dios se paseaba en el huerto." (Génesis 3:8). Es a los miembros de la iglesia que nuestro Señor declaró: "He aquí estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo." El Señor nos visita día por día, lleno de amor y de poder. El nos hablará, se manifestará a nuestro corazón, nos colmará de la plenitud de su gracia. ¡Oh, qué gozo indecible!

Mas esto no es todo. Vendrá el día en que el divino Jardinero trasportará el jardín entero a mejor clima, cerca de sí mismo. El día vendrá en que la iglesia será arrebatada al cielo como Jesús fue recibido arriba. Espero con toda confianza el trasplante de todas las plantas que Jesús ha cultivado aquí en este mundo. Ellas irán a florecer en una atmósfera más pura, lejos de los miasmas y las nieblas de la tierra, en las regiones donde el sol nunca se pone, las flores son siempre hermosas y los frutos siempre sabrosos. ¡Oh, amados amigos! ¡Cuál será nuestra felicidad allí, sobre las colmas eternas! ¿Quién puede describir la magnificencia del jardín que el Señor nos prepara; del jardín en que iremos creciendo durante los siglos de la eternidad? Lo que seremos aún no se ha manifestado; "pero sabemos que cuando él apareciere, seremos semejantes a él, porque lo veremos como él es." (1 Juan 3:2). Siendo Jesús el autor y el consumidor de nuestra fe, ¿a qué perfección, a qué gloria infinita no nos conducirá? Quiera Dios que sea esta la

experiencia de cada uno de nosotros. Ser plantas en el jardín de Dios, objeto de la tierna y constante solicitud de Jesús, ¿qué dicha mayor podemos desear, sea en esta vida, sea en la del porvenir?

God's Garden – Spanish
Spurgeon